

## 2

# Guerra, paz y hegemonía a comienzos del siglo xxi\*

Hablaré de guerra, de paz y de hegemonía aunque, como es costumbre entre los historiadores, abordaré problemas actuales a partir del pasado. Resulta imposible hablar del futuro político del planeta a menos que tengamos presente que vivimos una época en la que la historia, y por historia entiendo el proceso de cambio en la vida humana y en la sociedad y el impacto de las personas en el entorno global, se ha acelerado a un ritmo vertiginoso. La historia avanza hoy a una velocidad que amenaza el futuro de la raza humana y del medio natural. Un incauto norteamericano anunció el fin de la Historia tras la caída del muro de Berlín, y por eso soy muy reticente a emplear una frase tan manifiestamente desacreditada. Aun así, a mediados del siglo pasado ingresamos en una nueva etapa de la historia universal que comportó el fin de la Historia tal y como la hemos conocido en los últimos diez mil años, es decir, desde la invención de la agricultura sedentaria. Y no sabemos hacia dónde nos dirigimos.

He intentado esbozar en mi *Historia del siglo XX* las líneas maestras de esta ruptura súbita y drástica en la historia universal. Las transformaciones tecnológicas y en los procesos de producción son evidentes. Basta pensar en la velocidad a la que se ha producido una revolución en el terreno de las comunicaciones que ha acabado con las cuestiones de índole temporal y espacial. En 2004, internet, sin embargo, apenas tiene diez años de vida. También he señalado cuatro aspectos sociales de esta evolución que inciden en el futuro internacional: el funesto declive y caída del campesinado, que constituyó hasta el siglo xix el grueso de la humanidad y la base del sistema económico; la importancia que, en consecuencia, ha ido cobrando una sociedad predominantemente urbana, y sobre todo las megalópolis con sus millones de habitantes; la sustitución de un mundo basado en la comunicación verbal por un mundo donde la lectura es un hecho universal y en el que hombres y máquinas practican la escritura; y, por último, los cambios en la situación de las mujeres.

El declive y la caída del sector de la población mundial dedicado a tareas agrícolas es obvio en el mundo desarrollado. Hoy, la agricultura da empleo al 4 por 100 de la población ocupada en los países de la OCDE, y al 2 por 100 en Estados Unidos. Sin embargo, no sólo en esas zonas es evidente. A mediados de los años sesenta, existían todavía en Europa cinco estados donde más de la mitad de la población ocupada trabajaba en este sector, once en el continente americano, dieciocho en Asia y era el sector principal en todos los países africanos, a excepción de tres: Libia, Túnez y Sudáfrica. Hoy, la situación ha dado un vuelco. Por cuestiones prácticas, ya no quedan en Europa o en América países con más del 50 por 100 de la población dedicada a la agricultura, ni tampoco en el mundo islámico. Incluso en Pakistán la cifra es inferior al 50 por 100. En el caso de Turquía, la población dedicada a la agricultura ha pasado de tres cuartas partes a un tercio, y algunos de los principales baluartes de la economía campesina en el sudeste asiático se han venido abajo: en Indonesia, la proporción ha pasado del 67 por 100 al 44 por 100; en Filipinas, del 53 por 100 al 37 por 100; en Tailandia, del 82 por 100 al 46 por 100; en Malasia, del 51 por 100 al 18 por 100. De hecho, si exceptuamos la mayor parte del África subsahariana, los únicos bastiones de la sociedad rural —donde más de un 60 por 100 de la población ocupada se dedica a la agricultura— se hallan hoy en las zonas del sudeste asiático antaño en manos de los imperios francés y británico: India, Bangla Desh, Myanmar y los países de la península indochina. No obstante, dado el ritmo creciente de la industrialización, ¿por cuánto tiempo seguirá siendo así? A finales de los años sesenta, la población rural suponía la mitad de los habitantes de Taiwán y de Corea del Sur; hoy representa, respectivamente, el 8 por 100 y el 10 por 100. En pocas décadas habremos dejado de ser lo que fuimos desde nuestra aparición: una especie formada principalmente por cazadores, recolectores y productores de alimentos.

También habremos dejado de ser una especie eminentemente rural. En 1900,1 solamente el 16 por 100 de la población del planeta vivía en ciudades. En 1950, esta cifra estaba ligeramente por debajo del 26 por 100. Hoy, se sitúa en torno al 48 por 100. En los países desarrollados y en muchas otras regiones del planeta, el campo, incluso en zonas productivas desde el punto de vista de la agricultura, es un desierto verde donde apenas tienen presencia los humanos, salvo los que

viajan en coche o los que habitan pequeños asentamientos, y el viajero sólo se topa con otras personas al llegar a la población más cercana. En este caso, sin embargo, la extrapolación se complica. Es cierto que el grado de urbanización en los viejos países desarrollados es considerable, pero no nos encontramos ya ante el modelo típico de urbanización que se había dado hasta hoy, y que consistía en la desesperada huida del campo a lo que podríamos denominar hiperciudades. Las ciudades en el mundo desarrollado, incluso las ciudades que crecen a un ritmo normal, asisten a la suburbanización de áreas cada vez mayores que se sitúan alrededor del centro o centros originales. Hoy, solamente diez de las cincuenta mayores ciudades del planeta, y únicamente dos de las dieciocho que cuentan con más de diez millones de habitantes, se hallan en Europa o en Norteamérica. A excepción de Oporto, en Portugal, las ciudades cuyo ritmo de crecimiento es más elevado y que superan el millón de habitantes se encuentran en Asia (20), África (6) y América Latina (5). Dejando de lado otras posibles consecuencias, esta situación supone, especialmente en países con parlamentos o presidentes elegidos democráticamente, un cambio drástico en el equilibrio político entre las zonas urbanas con una gran densidad de población y las poblaciones rurales geográficamente repartidas por el territorio de unos estados donde casi la mitad de la población vive en la capital, aunque nadie acierta a explicar en qué condiciones.

Poco diré del cambio educativo, pues no es fácil distinguir los efectos sociales y culturales de la alfabetización general de los efectos sociales y culturales de esta revolución súbita y sin precedentes en los medios de comunicación públicos y privados en la que estamos sumidos. Permítanme tan sólo apuntar un hecho significativo. Existen en la actualidad veinte países donde más del 55 por 100 de las franjas de edad afectadas siguen con sus estudios después de la educación secundaria. No obstante, menos en el caso de Corea del Sur, todos estos países pertenecen a Europa (tanto viejos países capitalistas como antiguos países socialistas), Norteamérica y Australasia. Capaz de generar capital humano, el viejo mundo desarrollado conserva todavía una ventaja sustancial sobre los principales países que se han incorporado a este escenario en el siglo xxi. ¿Cuánto tardarán la India y especialmente China en recortar esta distancia?

Quiero referirme aquí únicamente al gran cambio social que se produjo en el siglo pasado, la emancipación de la mujer, para hacer una observación que complementa lo que acabo de decir. No hay mejor indicador de la emancipación de la mujer que el hecho de que hayan igualado o incluso superado a los hombres en su nivel de estudios. ¿Debo apuntar que todavía hay regiones del planeta donde, sin embargo, aún están muy por detrás?

## II

Permítanme que abandone esta panorámica de las transformaciones sin precedentes que se produjeron durante el último medio siglo para ocuparme de los factores que han influido en la guerra, la paz y el ejercicio del poder en los albores del siglo xxi. En este sentido, no hay que confundir las pautas generales con reglas aplicables a realidades prácticas. Es obvio, por ejemplo, que a lo largo del siglo xx la población mundial, a excepción del continente americano, dejó de estar mayoritariamente gobernada, como si la situación respondiera a un mandato superior, por príncipes hereditarios o por agentes de potencias extranjeras. Nació una retahíla de estados técnicamente independientes, cuyos gobiernos, incluidos los regímenes denominados «totalitarios», reclamaban para sí legitimidad ante el «pueblo» o la «nación» al tiempo que sostenían que habían llegado al cargo por medio de plebiscitos, procesos electorales reales o fraudulentos, o por ceremonias públicas periódicas en las que participaba la muchedumbre y que simbolizaban el vínculo existente entre la autoridad y el «pueblo». De un modo u otro, el pueblo dejó de ser un conjunto de *súbditos* para convertirse en un conjunto de *ciudadanos* que, en el siglo xx, no sólo incluía a los hombres, sino también a las mujeres. Sin embargo, ¿cuánto nos acerca todo esto a la realidad, incluso hoy, cuando muchos gobiernos se han dotado, desde un punto de vista técnico, de constituciones inspiradas en el ideario liberal-demócrata y que han sufrido procesos electorales impugnados y suspendidos en ocasiones por una junta militar que se dice temporal y que, en cambio, ha permanecido en el poder años y años? No mucho, la verdad.

No obstante, en buena parte del planeta se advierte una tendencia general, un cambio en la postura del propio estado territorial

independiente, que a lo largo del siglo xx se convirtió en la unidad política e institucional básica bajo la que se agrupaban las personas. En su hogar original, en la región noratlántica, se inspiraba en *diferentes* innovaciones originarias de la Revolución Francesa. Suyo era el monopolio de los mecanismos del poder y de los coercitivos: armas, soldados y prisiones; por medio de una autoridad central y de sus agentes, ejercía un control cada vez más férreo de lo que sucedía dentro de sus fronteras, gracias a la creciente capacidad del sistema para recabar información. Aumentó el abanico de sus actividades, así como su impacto en la vida cotidiana de los ciudadanos, y supo movilizar a la población apelando a su lealtad al estado y a la nación. Esta fase del desarrollo del estado alcanzó su punto álgido hace unos cuarenta años.

Pensemos en el «estado del bienestar» de la Europa occidental de los años setenta, en el que el «gasto público», es decir, el porcentaje del PNB destinado a programas públicos y no al consumo privado o a la inversión, apenas estaba entre el 20 y el 30 por 100 (*Economist World*). Pensemos, por otro lado, en la predisposición de los ciudadanos no sólo a permitir que las autoridades públicas crearan impuestos para incrementar esas cantidades extraordinarias sino a alistarse en el ejército para luchar y morir «por su país» por millones en las dos guerras mundiales del siglo pasado. Durante más de dos siglos, y hasta los años setenta, el crecimiento del estado moderno fue una constante, y fue ajeno a cuestiones de ideología o de organización política: liberal, socialdemócrata, comunista o fascista.

La situación, sin embargo, ha cambiado y la tendencia se ha invertido. Vivimos en un mundo económico que se globaliza a una velocidad vertiginosa y que depende de empresas privadas transnacionales que se empeñan en vivir al margen de las leyes estatales y de los impuestos del estado, lo que limita notablemente la capacidad de otros gobiernos aún mayores para controlar sus propias economías. Gracias a la teología dominante del libremercado, los estados han ido dejando un buen número de sus actividades directas más tradicionales —servicios de correos, policía, prisiones e incluso algunos sectores importantes de las fuerzas armadas— en manos de contratistas privados que sólo piensan en enriquecerse. Se estima que hoy trabajan en Iraq más de treinta mil «contratistas

privados» armados.<sup>2</sup> Con el desarrollo y el desembarco masivo en todos los rincones del planeta de armamento pequeño y de gran precisión durante la guerra fría, los estados y sus actores han perdido el monopolio de las fuerzas armadas. Algunos estados más fuertes y más estables, como Gran Bretaña, España o la India, han aprendido a vivir durante grandes períodos sin el miedo a grupos de disidentes armados, indestructibles en la práctica y que, sin embargo, no suponían tampoco una amenaza para el sistema. Por diferentes motivos, hemos asistido a la rápida desintegración de un buen número de estados miembros de las Naciones Unidas, fruto las más de las veces, aunque no siempre, de la desintegración de los imperios del siglo xx; imperios cuyos gobiernos nominales eran incapaces de administrar o de ejercer un control real en buena parte del territorio, o sobre la población o sus instituciones. No olvidemos que persisten movimientos separatistas en viejos estados como Gran Bretaña o España.

Resulta sorprendente, asimismo, la legitimidad cada vez menor de los estados, y el hecho de que se vea con más reticencia la obligación de dejar en manos de los habitantes, ya sean ciudadanos o súbditos, el gobierno y sus leyes. El imperialismo de los siglos xix y xx no habría sido posible de no haber existido la predisposición de grandes segmentos de la población a aceptar como legítimo cualquier poder estatal efectivamente establecido, incluso el de un puñado de extranjeros. Solamente aquellas zonas donde esta convicción era inexistente, como Afganistán o el Kurdistán, las potencias extranjeras no supieron cómo actuar. Sin embargo, tal y como se ve en el caso de Iraq, la obediencia natural del pueblo frente al poder, incluso frente a un poder que demuestra una superioridad militar abrumadora, es agua pasada, y con ella el retorno de los imperios. Pero no sólo la obediencia de los súbditos está quedando ya como algo de un pasado más y más remoto; también la de la ciudadanía. Dudo mucho que existan en la actualidad estados, a excepción de Estados Unidos, Rusia o China, que puedan embarcarse en una guerra a gran escala con ejércitos de reclutas dispuestos a luchar y a morir «por su país». Pocos estados occidentales pueden confiar hoy, como hicieron en el pasado la mayoría de los «países desarrollados», en que la población, con la salvedad de los criminales y otros sectores situados en los márgenes del orden social, respetará la ley y se comportará según las

reglas del juego. El aumento extraordinario, entre otros, de los medios tecnológicos para mantener a los ciudadanos sometidos a una vigilancia constante —con cámaras en lugares públicos, escuchas telefónicas, acceso a datos personales y a ordenadores, etc.— no ha mejorado la eficacia del estado ni la de la ley en esos países; sí que ha provocado, por el contrario, una pérdida de libertad de los ciudadanos. Todo esto ocurre en una época de una globalización vertiginosa, en una época en la que se han acentuado las disparidades regionales en el planeta. Porque, por naturaleza, la globalización da lugar a un crecimiento asimétrico y dispar, y subraya asimismo la contradicción entre los ámbitos de la vida contemporánea sujetos a la globalización y a las presiones de la uniformización global, como la ciencia, la tecnología, la economía, diferentes infraestructuras técnicas y, en menor medida, las instituciones culturales, y los que no lo están, como el estado y la vida política. La globalización, por ejemplo, trae consigo lógicamente un aumento del flujo de mano de obra que emigra de las regiones más pobres a las más ricas. Este movimiento, sin embargo, provoca un cierto grado de tensión social y política en los diferentes estados afectados, en especial en los países ricos del viejo Atlántico Norte, aun siendo, en términos globales, un movimiento sin importancia: en la actualidad, solamente el 3 por 100 de la población mundial vive fuera de su país de nacimiento. A diferencia de lo que sucede con los movimientos de capitales y de productos y de las comunicaciones, los estados y la política han logrado dificultar no sin éxito estas emigraciones laborales.

Dejando de lado la terrible desindustrialización que la vieja Unión Soviética y las economías socialistas de la Europa del Este sufrieron en los años noventa, el desequilibrio más extraordinario de los que se han derivado de la globalización económica es el desplazamiento del centro de gravedad de la economía mundial, que ha pasado de la región que limitaba con el Atlántico Norte a diferentes puntos de Asia. Si bien nos hallamos en las primeras fases del proceso, no cabe duda de que avanza a buen ritmo. Nadie puede ya dudar de que el crecimiento de la economía mundial durante los últimos diez años se debe, en gran medida, a los motores asiáticos, y más concretamente al fabuloso aumento de la producción industrial en China: según los datos de 2003, mientras que este indicador era de menos del 0,5 por 100 en Estados Unidos y en Alemania y del 3 por 100 en el resto del

mundo, la economía china experimentó un incremento del 30 por 100.<sup>3</sup> Es evidente que esta situación aún no ha modificado el peso relativo de Asia y del Atlántico Norte, por cuanto Estados Unidos, la Unión Europea y Japón representan todavía el 70 por 100 del PNB del planeta. Sin embargo, Asia ya deja notar su presencia. En términos de compra de energía, el sur, el sudeste y el este asiáticos constituyen un mercado casi dos tercios mayor que el de Estados Unidos. Qué efectos tendrá este cambio en el peso relativo de la economía norteamericana es la pregunta sobre la que giran las previsiones internacionales para el siglo xxi, y regresaré a ella más adelante.

### III

Permítanme que me detenga ahora en la cuestión de la guerra, la paz y la posibilidad de un orden internacional en el siglo que empieza. De entrada, la paz mundial parece hoy más factible que en el siglo xx, un siglo marcado por una cifra récord de guerras mundiales y por las muchas formas de morir a gran escala. Aun así, un estudio reciente llevado a cabo en Gran Bretaña y que comparaba las respuestas que los británicos dieron en 2004 a unas preguntas ya formuladas en 1954 apunta que el miedo a una guerra mundial es hoy mayor que en el pasado.<sup>4</sup> Este miedo responde, principalmente, a un hecho cada vez más evidente: vivimos en una época de conflictos armados mundiales endémicos, guerras que suelen transcurrir dentro de las fronteras de los estados aunque se ven magnificadas por la intervención extranjera.<sup>5</sup> Si bien el impacto de estos conflictos en la historia del siglo xx fue pequeño en términos militares, no podemos decir lo mismo si nos fijamos en la población, la principal víctima de estos enfrentamientos, que ha pagado, y paga todavía hoy, un elevado precio. Desde la caída del muro de Berlín, nos hallamos de nuevo sumidos en una era de genocidios y de traslados de población masivos y forzosos, tanto en algunas regiones de África como en el sudeste europeo o en Asia. Se estima que, a finales de 2003, la cifra de refugiados dentro y fuera de su propio país alcanzó los 38 millones de personas, unos números comparables a la extraordinaria cantidad de «personas desplazadas» después de la segunda guerra mundial. Un dato bastará para ilustrar estas afirmaciones: en 2000, el número de muertos en combate en Birmania se situaba entre las doscientas y las quinientas personas; la cifra de «desplazados internos»,



fundamentalmente por obra del ejército de Myanmar, rondaba el millón.<sup>6</sup> Y la guerra de Iraq no hace sino confirmar este aspecto. Lo que, según los estándares del siglo xx, podríamos calificar como guerras pequeñas provocan unas catástrofes sin parangón.

La guerra típica del siglo xx, la guerra entre estados, ha perdido peso rápidamente. En la actualidad no hay conflictos entre estados, aunque no podemos descartar que vaya a haberlos en distintas regiones de África y Asia, o en aquellas zonas donde la inestabilidad o la cohesión de los estados existentes se vean amenazadas. Por otro lado, aunque no estamos ante una amenaza inmediata, no ha desaparecido el riesgo de una gran guerra global, fruto probablemente de la reticencia de Estados Unidos a aceptar la aparición de China como su rival. En ocasiones, incluso, las posibilidades de evitar su estallido parecen muy superiores a las que había en 1929 para evitar la segunda guerra mundial, si bien conviene no olvidar que la posibilidad de esta guerra seguirá presente en las décadas venideras.

Sin embargo, y aun sin las guerras tradicionales entre estados, grandes o pequeñas, pocos son los observadores realistas que auguran que este será un siglo en el que el mundo vivirá ajeno a la presencia constante de armas y a los brotes de violencia. Con todo, es nuestro deber combatir la retórica del miedo irracional de la que se sirven gobiernos como el del presidente Bush o el del primer ministro Blair para justificar unas políticas que nos acercan al imperio global. Salvo como metáfora, no existe una «guerra contra el terror o el terrorismo», sino contra un agente político determinado que recurre a una táctica, no a un programa. El terror como táctica es indiscriminado y moralmente inaceptable, tanto si se amparan en él grupos clandestinos como si lo hacen los estados. La Cruz Roja Internacional reconoce el aumento de la barbarie en su condena a los dos bandos en conflicto en Iraq. También ha crecido el miedo a que pequeños grupos terroristas opten por la guerra biológica, al tiempo que no parecen preocuparnos tanto los riesgos, mayores e impredecibles, que indudablemente se plantearán cuando la manipulación de los procesos vitales, incluida la vida humana, se nos vaya de las manos. Aun así, el peligro real que para la estabilidad mundial o para cualquier estado consolidado suponen las actividades de las redes terroristas panislámicas a las que Estados Unidos declaró la guerra global, así

como las de la suma de todos los grupos terroristas que operan en cualquier punto del planeta, es residual. Aunque han logrado asesinar a muchas más personas que sus antecesores —y menos que los estados—, el riesgo es mínimo desde un punto de vista estadístico y su importancia, escasa en términos de agresión militar. A menos que estos grupos puedan hacerse con armas nucleares, una posibilidad que, no por no ser inmediata, podemos descartar, el terrorismo no provocará la histeria, sino la reflexión.

#### IV

Con todo, el caos mundial es una realidad, como también lo es la perspectiva de otro siglo de conflictos armados y de calamidades humanas. ¿Es posible volver a una suerte de control global, como sucedió, a excepción de un período de treinta años, durante los 175 años que transcurrieron desde la batalla de Waterloo hasta la caída de la URSS? La cuestión es hoy mucho más complicada, por dos motivos. En primer lugar, las desigualdades a que ha dado lugar la globalización descontrolada del libremercado, y que han aumentado a un ritmo exponencial, son el caldo de cultivo natural de todo tipo de inestabilidades y agravios. Como se ha observado recientemente, «ni siquiera los estamentos militares más avanzados podrían enfrentarse a una crisis total del sistema jurídico»,<sup>7</sup> y la crisis de los estados a la que aludí anteriormente ha hecho de esta una posibilidad más factible que en el pasado.

En segundo lugar, ya no existe un sistema de superpotencias internacionales plurales como el que estuvo vigente y que evitó que, salvo en el catastrófico período comprendido entre 1914 y 1945, estallara una guerra total. Este sistema descansaba en un postulado que se remontaba a los tratados que habían logrado acabar con la guerra de los Treinta Años en el siglo xvii: existían en el mundo unos estados cuyas relaciones se regían por diversas reglas, y entre ellas la de no interferir en los asuntos internos del otro, y por una distinción diáfana entre guerra y paz. Sin embargo, nada de todo esto es válido en la actualidad. Otro de los pilares del sistema era la realidad de un mundo donde convivían diferentes potencias, algo que ya existía en la reducida «primera división» de estados, apenas un puñado de «grandes potencias» que, a partir de 1945, se reduciría aún más,

hasta quedar sólo dos superpotencias. Ninguna de las dos supo imponerse de un modo abrumador. Incluso fuera de buena parte del mundo occidental, la hegemonía regional siempre se demostró temporal. Ambas estaban condenadas a convivir. El final de la URSS y la sensacional superioridad militar de Estados Unidos han puesto fin a este sistema de potencias. Es historia. Y no sólo eso, sino que, desde 2002, Estados Unidos se ha dedicado a denunciar las obligaciones que el país había contraído en virtud de los diferentes tratados rubricados y de las convenciones que articulaban el sistema internacional, aprovechándose de una supremacía que todo apunta que será larga en el terreno de la tecnología militar, y que hoy lo convierte en el único estado capaz de llevar a cabo una operación militar de envergadura en cualquier parte del mundo y en un breve lapso de tiempo.

Los ideólogos de Estados Unidos y sus partidarios ven en esto el inicio de una nueva era de paz mundial y de crecimiento económico, auspiciado por un magnánimo imperio global norteamericano, al que equivocadamente comparan con la *Pax Britannica* del Imperio británico del siglo xix. Y digo que se equivocan porque, históricamente, a su alrededor, es decir fuera de sus propios territorios, los imperios no han traído la paz y la estabilidad. Si algo ha caracterizado esas regiones ha sido la ausencia de un gran conflicto internacional que les impidiera emanciparse, como sucediera con el Imperio británico. En cuanto a los buenos propósitos de los conquistadores y a los efectos benéficos de su presencia, pertenecen a la esfera de la retórica imperial. En términos morales, los imperios siempre se han justificado a sí mismos, y en ocasiones no sin una cierta sinceridad, tanto cuando afirmaban que llevaban (su versión de) la civilización o la religión a unos pueblos sumidos en la ignorancia, como cuando decían llevar (su versión de) la libertad a los oprimidos (por otro imperio) o, en la actualidad, cuando se presentan como los campeones de los derechos humanos. Nadie puede negar que los imperios también hayan dado frutos positivos. Sostener que el imperialismo llevó consigo la modernidad a un mundo atrasado, una afirmación hoy sin la menor validez, no era del todo espuria en el siglo xix. Defender, sin embargo, que aceleró considerablemente el crecimiento económico de los territorios bajo su manto es algo mucho más discutible, cuando menos fuera de los territorios de ultramar bajo dominio europeo. Entre

1820 y 1950, el PIB per cápita medio de doce estados de la Europa occidental se multiplicó por 4,5, mientras que el aumento que se experimentó en la India o en Egipto fue testimonial.<sup>8</sup> En cuanto a la democracia, de todos es sabido que los grandes imperios no la exportaron; solamente las potencias en crisis hicieron concesiones, aunque mínimas.

Con todo, la verdadera cuestión es saber si un proyecto sin precedentes en la historia, el del dominio global por parte de un solo estado, es posible, y si la reconocida superioridad militar de Estados Unidos puede no sólo implantar este dominio, sino también consolidarlo. Y la respuesta a ambas preguntas es que no. Es cierto que los imperios se han construido a menudo con la ayuda de las armas, pero las armas no bastan para mantener el orden, como nos lo recuerda un viejo dicho que se remonta a los tiempos napoleónicos: «Puedes hacer lo que quieras con una bayoneta, salvo sentarte en ella». Y más todavía hoy, cuando incluso la superioridad militar más abrumadora ya no provoca, por sí misma, el consentimiento tácito. De hecho, la mayoría de los imperios históricos han ejercido el poder indirectamente, a través de las élites indígenas que, a menudo, gobernaban las instituciones indígenas. Pero, cuando la capacidad de ganarse amigos y colaboradores entre los súbditos fallaba, necesitaban algo más que las armas. Ni siquiera un millón de colonos, un ejército de ocupación de 80.000 soldados y la derrota militar de la insurgencia por medio de la masacre y de la tortura sistemática permitieron a los franceses conservar Argelia.

¿Qué sentido tiene, sin embargo, hacerse esta pregunta? Y esto me lleva al rompecabezas con el que quiero acabar mi conferencia. ¿Por qué abandonó Estados Unidos unas políticas gracias a las que, a partir de 1945, conservó una posición hegemónica en gran parte del planeta, a saber, el mundo no comunista y los países que no se habían declarado neutrales? Su capacidad para ejercer dicha hegemonía no se fundamentaba en la destrucción de sus enemigos o en su sometimiento mediante la aplicación directa de la fuerza militar, sino en el miedo a un suicidio nuclear. La capacidad militar de Estados Unidos tenía peso en términos hegemónicos en tanto en cuanto algunos estados lo preferían a otras potencias militares, o lo que es lo mismo: durante la guerra fría, los países europeos que formaban parte

de la OTAN deseaban contar con su apoyo militar para contrarrestar la amenaza de la URSS.

La hegemonía estadounidense durante la segunda mitad de siglo no descansó en las bombas sino, *económicamente*, en la sensacional riqueza de Estados Unidos y en el papel preponderante de ese gigante económico en el mundo, especialmente a partir de 1945. *Políticamente*, lo hacía en el consenso general en los países del rico Norte de que aquellas sociedades eran preferibles a las que existían bajo los regímenes comunistas. Allá donde no había acuerdo, como en América Latina, el consenso se materializaba en alianzas con las clases dirigentes y con unos ejércitos temerosos de una revolución social. *Culturalmente*, en los atractivos de la próspera sociedad de consumo norteamericana, para deleite de sus ciudadanos y que el país que la había inventado exportaba, y en la conquista mundial de Hollywood. *Ideológicamente*, Estados Unidos se beneficiaba sin lugar a dudas de ser el paradigma de la lucha de la «libertad» contra la «tiranía», salvo en aquellas regiones donde su alianza con los enemigos de la libertad era demasiado evidente.

Todo esto se mantenía fácilmente al final de la guerra fría. ¿Por qué no podían buscar otros países amparo en el liderazgo de la superpotencia que representaba lo que muchos otros estados, las principales potencias económicas entregadas a la ideología neoliberal que estaba ganando terreno en todo el planeta, habían adoptado, la democracia electoral? Su influencia era extraordinaria, como también lo era la de sus ideólogos y sus empresarios. Aunque la economía iba perdiendo su papel central en el mundo y ya no era el agente dominante en el terreno industrial y menos aún desde los años ochenta, los de las inversiones extranjeras directas,<sup>9</sup> seguía siendo la de un gigante, y generaba una riqueza fabulosa. Quienes habían estado al frente de la política imperial habían procurado maquillar la realidad de la supremacía de Estados Unidos sobre sus aliados, en lo que conformaba una auténtica «coalición de los comulgantes». Sabían que, incluso después de la desaparición de la URSS, Estados Unidos ya no estaba solo en el mundo. Pero también sabían que la partida en la que se decidía la suerte del planeta se jugaba con unas cartas que ellos mismos habían repartido y de acuerdo con unas reglas que les favorecían, y que era

impensable la irrupción de un contrincante con una fuerza y con unos intereses globales comparables. La primera guerra del Golfo, que contó con el respaldo de Naciones Unidas y de la comunidad internacional, y la reacción inmediata a los atentados del 11 de septiembre pusieron de manifiesto la fortaleza de la postura norteamericana tras la caída de la Unión Soviética.

Ha sido la política megalómana de Estados Unidos a raíz de los atentados del 11 de septiembre lo que ha socavado, en gran medida, los pilares políticos e ideológicos de su antigua influencia hegemónica, dejando al país sin más instrumentos que una fuerza militar realmente aterradora para consolidar la herencia del período posterior a la guerra fría. No hay lógica alguna en esta situación. Probablemente por vez primera en la historia, Estados Unidos, casi internacionalmente aislados, son un país impopular entre la mayoría de los gobiernos y de los pueblos. Su fuerza militar subraya la debilidad económica de una nación cuyo extraordinario déficit comercial se mantiene por la intervención de unos inversores asiáticos cada vez menos interesados, económicamente, en sostener un dólar renqueante. Pero también subraya el relativo peso económico del resto de actores: la Unión Europea, Japón, los países del este de Asia e incluso las organizaciones que agrupan a los productores de materias primas del Tercer Mundo. En la OMC, Estados Unidos carece hoy de la capacidad de negociar con los clientes. Tal vez la propia retórica de la agresión, justificada por una sentencia tan improbable como la que habla de las «amenazas contra Estados Unidos», no haga sino indicar una sensación de inseguridad sobre el futuro global del país.

Sinceramente, no encuentro sentido alguno a lo que ha sucedido en Estados Unidos desde que el 11 de septiembre permitiera que un grupo de locos políticos diseñaran un plan a largo plazo para interpretar totalmente en solitario su propia versión de la supremacía mundial. Y creo que todo esto demuestra que la sociedad norteamericana vive una crisis que va acentuándose con el tiempo, y que se advierte en la división cultural y política más profunda que ha vivido el país desde la guerra de Secesión, así como en una división geográfica evidente entre la economía globalizada de las dos orillas y las vastas extensiones de un interior resentido, entre las grandes

ciudades, culturalmente abiertas, y el resto. Hoy, un régimen derechista radical se ha propuesto movilizar a los «auténticos norteamericanos» para luchar contra una oscura fuerza extranjera y contra un mundo que no reconoce el carácter único, la superioridad y el destino evidente de Estados Unidos. La política global de Estados Unidos se orienta hacia el interior del país, no hacia el exterior, por grande y ruinoso que sea su impacto en el resto del mundo. No *pretende* crear un imperio o consolidar una posición realmente hegemónica, como tampoco buscaba la doctrina Rumsfeld, basada en acciones relámpago contra grupos débiles y desorganizados y la posterior retirada de las tropas, alcanzar la conquista global. Sin embargo, no por eso deja de ser peligrosa. Todo lo contrario. Como ya hemos comprobado, provoca enfrentamientos impredecibles e inestabilidad, y sus consecuencias que escapan de cualquier previsión, son casi siempre desastrosas. En la actualidad, el mayor peligro de la guerra nace de las ambiciones globales de un gobierno en Washington que es incontrolable y aparentemente irracional.

¿Cómo hemos de adaptarnos para vivir en un mundo peligroso, inestable y explosivo, un mundo que descansa sobre unas placas tectónicas sociales y políticas, nacionales e internacionales cambiantes? Si ahora me hallase en Londres, advertiría a los pensadores liberales de Occidente, por indignados que estuvieran por las vulneraciones contra los derechos humanos en otras partes del planeta, de que no se dejaran engañar y que no creyeran que la intervención militar norteamericana en el extranjero compartía sus motivos o podía dar los resultados deseados. En Nueva Delhi no será necesario decir algo así. En cuanto a los gobiernos, lo mejor que pueden hacer el resto de estados es demostrar el aislamiento, y por extensión los límites, del poder mundial real de Estados Unidos, negándose, firme pero decididamente, a formar parte de cualquier iniciativa que venga de Washington y que pueda llevar a una acción militar, sobre todo en Oriente Medio y en el este del continente asiático. La principal tarea de la política internacional, y también la más urgente, es brindar a Estados Unidos la oportunidad de abandonar su postura megalómana para regresar a una política exterior racional. Porque, nos guste o no, Estados Unidos seguirá siendo una superpotencia, una potencia imperial, incluso en una etapa de declive económico relativo evidente. Confiemos, sin embargo, en que sea una potencia menos peligrosa.

\* «War, Peace and Hegemony at the Beginning of the 21st Century», Delhi, 17 de diciembre de 2004; traducción castellana de Ferran Esteve.

1. Paul Bairoch, *Cities and Economic Development from the Dawn of History to the Present*, University of Chicago Press, Chicago, 1988, p. 634.

2. Patrick Radden Keefe, «Iraq, America's Private Armies», *New York Review of Books*, 12 de agosto de 2004, pp. 48-50.

3. El crecimiento en Australia, Francia, Italia, el Reino Unido y el Benelux fue negativo. *CIA World Factbook*, actualizado a fecha de 19 de octubre de 2004.

4. *Daily Mail*, Londres, 22 de noviembre de 2004, p. 19.

5. Véase Eric Hobsbawm, «War and Peace in the 20th Century», en Geir Lundestad y Olaf Njølstad, eds., *Proceedings of the Nobel Centennial Symposium: War and Peace in the 20th Century and Beyond*, Singapur, 2002, pp. 25-40.

6. Margarita Sollenberg, ed., *States in Armed Conflict 2000*, Uppsala 2001; *Internal Displacement: A Global Overview of Trends and Developments in 2003* ([http://www.idpproject.org/global\\_overview.htm](http://www.idpproject.org/global_overview.htm)).

7. John Steinbrunner y Nancy Gallagher, «An alternative vision of global security», *Daedalus*, verano de 2004, p. 84.

8. Angus Maddison, *L'économie mondiale, 1820-1992. Analyse et Statistiques*, OCDE, París, 1995, pp. 20-21. Las cifras de Egipto se refieren únicamente al año 1900.

9. En 1980 se situaban en torno del 40 por 100; en el año 2000, entre el 22 y el 25 por 100 (UNCTAD)